

De Temor y Deseo: Reflexiones en Torno a los Futuros de la Psicología

Wanda C. Rodríguez Arocho
Universidad de Puerto Rico

Abstract

This article examines some diagnoses of the state of psychology made in 1982 by a group of prominent psychologists and some prophecies they made at that point in time concerning the future of the discipline. Those prophecies are analyzed in the light of the changes that psychology has undergone as the result of profound sociocultural and historic transformations in the last decades of the twentieth century. It is argued that such transformations have led to discussions and debates about the very nature of psychology, its object of study and its methods of inquiry. The author shares fears about the adverse consequences that the ways in which the alluded-to discussions and debates are being held may have for the discipline. She also expresses the desire and the hope for acts of meaning by which a broader understanding of the complexity of human actions may be achieved.

Acepté con beneplácito la invitación de la Asociación de Psicología de Puerto Rico para participar en el panel *Los Futuros de la Psicología*. Antes de compartir algunas ideas en torno al tema me parece oportuno reflexionar respecto al título bajo el que se nos convocó. La mitología, las religiones y las artes, entre otras prácticas socioculturales, documentan la persistente fascinación humana por las adivinaciones, las profecías y otros vaticinios de futuro. La antropología cultural nos sugiere que este tipo de actividad se observa en todas las culturas, al tiempo que atestigua que los medios que se utilizan en el acto de profetizar difieren entre sí y dan forma particular al mismo. ¿Qué nos mueve a querer conocer el futuro? ¿Qué legitima la adivinación como práctica social compartida por diversas culturas y grupos sociales? En esta breve exposición planteo que el poder se perfila como la gran motivación y el saber como el medio para lograrlo. Pese al ideal racionalista que este enunciado expresa, sostengo que los intentos de previsión de futuro han estado, y estarán siempre, atravesados por lo que tememos que será y por lo que

deseamos que sea y que la historia nos hace recordar constantemente los límites de nuestro poder sobre el futuro. De modo que, junto con algunas reflexiones en torno a las transformaciones de la psicología en su devenir histórico, compartiré temores y deseos con respecto a su presente y su futuro.

El deseo de poder como motivo central en la búsqueda de conocimiento se resume en la máxima "*saber para prever, prever para poder*". Esta máxima es citada por Mariano Yela (1985), profesor de psicología experimental en la Universidad Complutense de Madrid, en el estudio preliminar que sirve de introducción a un interesante texto titulado *El porvenir de la psicología*, publicado originalmente en francés en 1982, y cuya traducción al español data de 1985. Este texto incluye 18 ensayos de prominentes figuras de la

psicología europea y estadounidense a quienes, Paul Fraisse, profesor emérito de la Universidad René Descartes en París, convocó para compartir sus predicciones sobre el futuro de la psicología. Es interesante notar que quince años atrás el año 2000 representaba ese futuro, por lo que muchos autores se proyectaron al momento en que hoy nos encontramos. Esto nos ofrece una perspectiva privilegiada para comentar algunas de las predicciones realizadas, cosa que haré más adelante. De momento quiero destacar que Yela señala en su ensayo introductorio que para la ciencia la única conducta profética que vale la pena es aquella que, a la vez que predice, influencia el futuro. Esta conducta implica "*...apoyarse en lo que se sabe del ayer, tener en cuenta lo que se conoce del presente, prever el mañana y actuar en consecuencia para dominar, en lo posible, el futuro, procurando que acontezca lo que de fasto se haya previsto y evitando que ocurra lo nefasto predecible*" (p.12).

A diferencia de la Casandra de la mitología griega, quien poseía el don de prever el futuro pero carecía del poder para alterarlo y se conformaba con ello porque el designio de los dioses, nuestra postura, tanto ante el conocimiento como ante su utilidad como herramienta en la construcción y mantenimiento del poder sobre ese futuro, ha sido otra desde hace más de tres siglos. La revolución científica creó las condiciones para una confianza ilimitada en la razón como medio para entender los fenómenos, descubrir las leyes que los

regulan y, a partir de ese descubrimiento, predecirlos y controlarlos (Capra, 1982; Koch, 1992; Marková, 1982.) Este modo de abordar los fenómenos fue de gran valor en el desarrollo de las ciencias de la naturaleza, particularmente las ciencias físicas, resultando en innovaciones tecnológicas que sacudieron creencias tan profundas como nuestra ubicación en el universo, posibilitaron grandes gestas de conquista y dieron forma a la modernidad (Toulmin, 1990.) Se minimizaron entonces, como ahora, la explotación de los recursos naturales y humanos del planeta y la creación de herramientas y artificios para la dominación política y económica. Se exaltaron el bienestar material, la supremacía del más apto y el progreso.

Al amparo de grandes invenciones tecnológicas, se configura el mundo de la modernidad y la ciencia se convierte en su quintaesencia. Ante los logros de la nueva visión, y la autoridad y el poder que comenzaron a emanar de ella, muchas disciplinas adoptaron los propósitos y métodos de las ciencias naturales. Para la psicología esto representó la subordinación de su objeto de estudio (la conciencia) al método de estudio (el experimento.) La institucionalización académica de la disciplina y su creciente profesionalización se dan el contexto de esta visión que resultaba útil a los arreglos económicos, sociales y políticos vigentes. Visto en retrospectiva, el costo fue alto: la fragmentación de su objeto de estudio, la exclusión de la mente, la restricción a lo estrictamente observable y el énfasis en las causas más que en las razones (Koch, 1992; Robinson, 1992.) El estructuralismo de Wilhem Wundt y el funcionalismo de William James no encajaban en el esquema de psicología científica; mucho menos el psicoanálisis.

La propuesta conductista de John Watson en 1913, sin embargo, cumplía con todos los requisitos para hacer de la psicología una ciencia natural. El operacionalismo en la física, el positivismo en la filosofía y la ideología dominante en la sociedad que lo engendró hicieron del conductismo un modelo de gran fuerza. La posibilidad de moldear toda conducta por vía de mecanismos de aprendizaje daba un poder prácticamente ilimitado a quien conocía y manejaba dichos mecanismos. Por cuatro décadas el conductismo ejerció gran influencia en la psicología académica y aplicada.

Mucho se ha argumentado que éste era el estado de situación cuando ocurre la llamada revolución cognoscitiva, término que es

acuñado para representar un cambio radical que se inicia en la segunda mitad de la década de 1950 y se consolida a mediados de la década de 1960. El término cobra su sentido en el contexto del análisis de Thomas Kuhn sobre la estructura de las revoluciones científicas y su idea de que el conocimiento avanza mediante rupturas con visiones de mundo previas que prescriben los problemas, las categorías de análisis, los métodos de estudio y las conclusiones posibles (Kuhn, 1962.) Aunque no podemos detenernos a elaborar sobre ello, procede establecer que Kuhn ofrece *una* entre varias interpretaciones sobre los cambios en paradigma y que se ha debatido y cuestionado la aplicabilidad de su interpretación en la psicología (Rodríguez Arocho, 1997.)

En un trabajo en torno a las revoluciones míticas en la psicología estadounidense, Leahy (1992) ha documentado que el conductismo no fue un paradigma en el sentido kuhniano del término. Cohen (1985) y Poter (1986), tras analizar el asunto conceptualmente llegan por separado a la misma conclusión que Leahy. Lo mismo hacen Friman, Allen, Kerwin & Lazerele, (1993), quienes luego de una extensa investigación encuentran que los trabajos de corte conductista y psicoanalítico ni han desaparecido ni se han reducido en relación inversa a la producción cognoscitivista. No obstante, a pesar de que hay discusión con respecto a la naturaleza del cambio, no la hay con respecto a la ocurrencia del mismo. Es importante notar que los cambios se dan, nuevamente, en el marco de transformaciones epistemológicas en la filosofía de la ciencia e importantes desarrollos socioeconómicos y geopolíticos que eventualmente darían forma a lo que hoy conocemos como globalización (Featherstone, 1995) y están vinculados a las nuevas tecnologías.

En términos muy resumidos podemos decir que el cognoscitivismo emerge como una respuesta contestataria al conductismo, que insistía en limitar el dominio de la psicología a la conducta observable y establecer leyes universales que permitieran la predicción y el control de la misma. El cognoscitivismo, por su parte, buscaba sustituir la idea de un organismo reactivo a los estímulos del ambiente por la de un organismo activo con la capacidad de iniciar la acción y dirigirla mediante complejos sistemas de procesamiento de información no sujetos a la observación directa. Las estructuras y procesos mentales sustituyen a la conducta como categoría de análisis.

En el hoy clásico texto sobre la historia de la revolución cognoscitiva, Howard Gardner (1987) define la ciencia cognitiva como *“un esfuerzo contemporáneo empíricamente fundamentado por contestar preguntas largamente formuladas, particularmente las que conciernen a la naturaleza del conocimiento, sus componentes, sus fuentes, su desarrollo y su despliegue...”* (p.6.). Según Gardner, este esfuerzo se caracteriza por: 1) postular un nivel de análisis separado del fisiológico o neurológico, por un lado, y del sociológico o cultural por el otro, 2) haber adoptado la idea de la computadora como modelo para entender la mente, 3) hacer la decisión deliberada de restar importancia a ciertos factores que pudieran ser importantes para la explicación del funcionamiento cognoscitivo pero cuya inclusión en el actual momento de desarrollo puede complicar innecesariamente la empresa cognoscitiva, 4) aproximarse a los problemas desde una perspectiva multidisciplinaria, y 5) una agenda temática y de intereses que hasta el presente era propia de la epistemología. Con esta agenda las ciencias cognitivas, entre las que se incluye la psicología, penetraron con fuerza nuestro quehacer académico y profesional. La mente fue legitimada nuevamente como objeto de estudio y se abrieron espacios de trabajo en los que el término cognitivo comenzó a utilizarse como adjetivo para cualificar la naturaleza de prácticamente cualquier actividad en nuestra disciplina.

En el contexto de las transformaciones históricoculturales las ciencias cognitivas ofrecieron las herramientas para algunos cambios importantes. A la idea de un organismo reactivo ante los estímulos o moldeado por contingencias de refuerzo en su ambiente se contrapuso a la idea de un sujeto activo y autónomo, con capacidad para manipular símbolos y elaborar la información a la que tenía acceso. Este sujeto autónomo y autocontenido, pero capaz de establecer comunicación y colaboración con otros, respondía mejor a las demandas del nuevo orden mundial. El entusiasmo que generó la nueva visión llevó a vaticinar cambios profundos en la psicología y se planteó la posibilidad de rediseñar la disciplina a partir de ellos (Margolis, Manicas, Harré, & Secord, 1986).

En la compilación de ensayos a que hice referencia al inicio de esta exposición, el prominente psicólogo estadounidense Jerome S. Bruner planteaba cambios en las explicaciones psicológicas que destacarían la autonomía individual, los estilos de vida alternativos,

lo local y lo particular (Bruner, 1985). Presagiaba una reconceptuación del sujeto como producto de las nuevas tecnologías y vaticinó dos cambios fundamentales. El primero habría de ser un cambio de las explicaciones basadas en disposiciones y capacidades a explicaciones fundamentadas en el contexto del comportamiento y el segundo sería la reconsideración de la intencionalidad. Pero, como señala Bresson (1985) en el mismo texto, la epistemología moderna, de Kuhn a Feuerband, ha trabajado el tema de que el curso que tomará el desarrollo de la ciencia es menos previsible de lo pensamos.

En menos de una década Jerome Bruner se convertiría en una de las primeras voces en denunciar la revolución cognoscitiva que, al seguir la agenda descrita por Gardner, había adoptado el computador como metáfora de mente y se había apartado de su objetivo original. La adopción de modelos computacionales para explicar la actividad psicológica puso el énfasis en la información y no en los significados; tomó los signos y los símbolos como datos sin plantearse como problema entender su origen y sus transformaciones (Bruner, 1990.) Como alternativa Bruner propone una nueva revolución — un enfoque más interpretativo que se ocupe de la construcción de significados y en el que las fronteras de la psicología como las hemos conocido se abren para integrar la antropología, la lingüística, la filosofía y la literatura. La necesidad de una nueva revolución es trabajada por también por Smith, Harré & Langenhove (1995ab), quienes proponen repensar la disciplina y sus métodos. Las denuncias de insatisfacción y las propuestas de cambio se observan en medios tan diferentes como el texto producido por la *American Psychological Association* para celebrar su centenario y el elaborado por Tomás Ibañez (1996) para tratar el tema de psicología y postmodernidad. Las explicaciones generadas dejaban de ser útiles en un cultura global y fragmentada, donde lo virtual altera los límites de lo real.

Aunque el relato que antecede puede parecer una serie ordenada de transformaciones que desembocarán en una nueva agenda compartida para adelantar la disciplina, éste no es el caso. Conceptuar el desarrollo de la disciplina como uno de rupturas solamente, en que unas formas de conocimiento sustituyen otras, es un poco ingenuo. Un poco de reflexividad histórica permitirá ver cómo las transformaciones mencionadas se dan en el contexto de

discontinuidades y continuidades. Más aún, permitirá ver que las transformaciones al interior de la disciplina no dependen de la psicología misma sino de las dinámicas históricoculturales de las sociedades que albergan su quehacer (Bruner, 1985.) Es un hecho que las nuevas tecnologías están alternado de manera fundamental nuestras concepciones del tiempo, el espacio, la identidad y el ser. También es un hecho que, a partir de estas alternaciones emergen áreas nuevas, como la ciberpsicología, a cuyos planteamientos y retos no podemos permanecer ajenos porque, en alguna medida, encarnan, el espíritu de nuestra época (Gordo López & Parker, 1999; Jones, 1998; Turkle, 1997).

La atención a estos planteamientos y el enfrentamiento a los retos y a las tensiones que generan estas nuevas formas de entender la realidad y actuar sobre ellas tendrá un impacto en el porvenir de la psicología, que tendrá que ser como su pasado y su presente, plural. El pluralismo y la diversidad en las explicaciones psicológicas habrá de prevalecer porque lo impone nuestra condición de hacedores y hacedoras de significados, de interpretes de lo observado y de lo imaginado. Esto tiene serias implicaciones con respecto a lo que podamos hacer para influir el futuro de la disciplina, sin negar que hay aspectos fundamentales sobre los que nuestra esfera de influencia es limitada.

Debemos movernos a reconocer que, aunque a veces nos limitemos a escuchar el discurso con el que más cómodos nos sentimos y justifiquemos de mil formas nuestra resistencia a exponernos y tratar de entender otras posiciones, la psicología del presente es una amalgama en la que coexisten diversas posturas epistemológicas, aproximaciones conceptuales y métodos de estudio. Pese a que, acorde con los desarrollos en la filosofía de la ciencia, decimos entender que no hay certeza absoluta de que todo depende del marco de referencia para el abordaje y la interpretación, en la práctica oponemos nuestras posturas a las de otros colegas, sea en la academia o en la práctica, "con violencia polémica o con la soberbia de la ignorancia" (Richelle, 1985.) Esta práctica nos ha llevado a focalizar en las diferencias sin reconocer puntos de convergencia y ha limitado la posibilidad de enriquecer nuestro quehacer con la diversidad.

Ante la situación descrita sólo resta expresar temores y deseos. Mi temor principal es el desinterés en entender a la otra parte, la

actitud de arrogancia que nos hace pensar que el otro es menos capaz porque no nos entiende, sin detenernos a pensar que tampoco le entendemos. Resistimos el cuestionamiento y encontramos mil justificaciones (todas racionalmente articuladas) para la falta de diálogo y discusión. Entre las justificaciones más frecuente aludimos a la evitación del conflicto. Aunque al hacerlo nos referimos al conflicto con otros, debemos reconocer que la discusión nos obliga a la confrontación con las ideas propias. Sin duda, es más cómoda y segura la discusión cuando todos estamos de acuerdo, cuando no hay que precisar y negociar significados. Para quienes hemos optado por la docencia como quehacer principal la situación se complica porque no podemos evitar ser mediadores en el proceso de enculturación de nuestros y nuestras estudiantes; de crear el contexto en que el elaboraremos los significados. Se trata de una responsabilidad inconmensurable.

En lo personal he optado por una aproximación históricocultural para abordar los problemas de la disciplina. Desde esta perspectiva, la tensión y el conflicto son, más que problemas, condiciones necesarias para el surgimiento de nuevas formas de entendimiento. En este sentido, el temor expresado se da a la par que una valoración del choque de ideas y del deseo de que encontremos formas de escuchar y diferir con respeto, de explicitar entendidos, negociar significados y unirnos, cuando ello sea posible, en causas comunes. Podemos mirar hacia las acciones de la sociedad civil en la lucha por la paz en Vieques como testimonio de que se trata de un deseo con posibilidades de cumplirse.

Referencias

- Bresson, F. (1985). La psicología cognitiva, mañana, quizá. In P. Fraisse (Ed.), *El porvenir de la psicología* (pp. 89-98). Madrid, España: Ediciones Morata.
- Bruner, J.S. (1985). De la disposición al contexto. In P. Fraisse (Ed.), *El porvenir de la psicología* (pp. 78-88). Madrid, España: Ediciones Morata.
- Bruner, J .S. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Capra, F. (1982). *The turning point*. New York: Bantam Books.

- Cohen, I. B. (1985). *Revolutions in science*. Cambridge, MA: Belknap Press.
- Featherstone, M. (1995). *Undoing culture: Globalization, postmodernism and identity*. London: Sage Publications.
- Fraisse, P. (1985). Por la unidad en la diversidad. In P. Fraisse (Ed.), *El porvenir de la psicología* (pp. 27-41). Madrid, España: Ediciones Morata..
- Gardner, H. (1987). *The mind's new science: A history of cognitive revolution*. New York: Basic Books.
- Gordo-López, A. & Parker, I. (Eds.). (1999). *Cyberpsychology*. New York: Routledge.
- Ibañez, T. (1996). *Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad*. Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela.
- Koch, S. (1992). The nature and limits of psychological knowledge: Lessons of a century of qua "science". In S. Koch & D. E. Leary (Eds.), *A century of psychology as a science* (pp.75-97). Washington, D. C. :American Psychological Association.
- Kuhn, T. S. (1962). *The structure of scientific revolutions*. New York: Vintage.
- Leahy, T. H. (1992). The mythical revolutions in American psychology. *American Psychologist*, 47, (2), 308-318.
- Margolis, J. Manicas, P., Harré, R. & Secord, P. (1986). *Psychology: Designing the discipline*. NY: Basil Blackwell.
- Marková, I. (1982). *Paradigms, thought and language*. New York: Wiley & Sons
- Munné, F. (1995). Las teorías de la complejidad y sus implicaciones en las ciencias del comportamiento. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 29, 1-12.
- Richelle, M. (1985). Temores y esperanzas para la psicología en el año 2000. In P. Fraisse (Ed.), *El porvenir de la psicología* (pp. 65-77). Madrid, España: Ediciones Morata.
- Robinson, D. (1992). Science, psychology and explanation. In S. Koch & D. E. Leary (Eds.), *A century of psychology as a science* (pp. 60-74). Washington, D. C. : American Psychological Association.
- Rodríguez Arocho, W. C. (1997). La revolución cognoscitiva: ajuste de cuentas frente al nuevo milenio. *Revista Peruana de Psicología*, 2 (4): 23-38.

- Toulmin, S. (1990). Cosmopolis: The hidden agenda of modernity. New York: The Free Press.
- Toulmin, S. & Leary, D. (1992). The cult of empiricism in psychology and beyond. In S. Koch & D. E. Leary (Eds.), *A century of psychology as a science* (pp.594-617). Washington, D. C. : American Psychological Association.
- Turkle, S. (1995). *Life on the screen. Identity in the age of the internet*. New York: Touchtone.
- Yela, M. (1985). La psicología de ayer, hoy y mañana. In P. Fraisse (Ed.). *El porvenir de la psicología_* (pp. 11-26). Madrid, España: Ediciones Morata.

¹ Versión revisada de la ponencia presentada en el Panel Magistral *Los Futuros de la Psicología* durante la Convención Anual de la Asociación de Psicología de Puerto Rico, Mayagüez, Puerto Rico, el 10 de noviembre de 2000.